

EN BUSCA DE SERLING

José Güich Rodríguez

Ligia ha insistido, siempre encantadora y luminosa: "Serling nos espera mañana en la localidad de Cayuga". No obstante su serenidad y discreción, sondeo en ella una tenue marca de apremio, algo que nunca había ocurrido a lo largo de nuestro nebuloso trayecto. Desde la habitación del hotelito al que llegamos esta tarde, he observado la silenciosa vía central una vez más. Toda la población se ha consagrado, como en un rito ancestral, a su invariable siesta de las tardes. El silencio es agobiante. El nombre de la ciudad es impronunciable, con resonancias de alguna vieja lengua aborígen.

Después de escrutar lo que parece constituirse en única arteria de importancia, donde Ligia ha estacionado el convertible, giro hacia ella. Ha reiterado su advertencia, si así puede considerarse aquel leitmotiv, con un registro educadísimo, propio de un manual de etiqueta para chicas de familia acomodada. Fuma con tranquilidad envidiable un cigarrillo, reclinada sobre su costado izquierdo. Ocupa, en posición transversal, la cama de dos plazas con barras de hierro forjado. Unas finas medias de nylon realzan la hermosura de sus piernas. Deseo amoldarme con naturalidad a cada uno de sus gestos y costumbres, porque considero que eso es lo habitual en ella. Mi memoria, lamentablemente, es incapaz de reconocer con propiedad los signos de la supuesta rutina compartida. No recuerdo, por ahora, cómo conocí a Ligia, cuántos días hemos viajado para encontrar a ese sujeto, Serling, o cuándo ocurrió el accidente que afectó mis recuerdos. Serling... el nombre no me dice nada. Me oriento por los datos que, respecto a él y a todo lo concerniente a este viaje, administra a cuentagotas la siempre radiante y escultural Ligia.

Según sus informaciones, hace dos días resbalé al abandonar presuroso las oficinas de un banco y me golpeé la cabeza contra la acera. Acudí a esa agencia para retirar algo del dinero que ese generoso caballero destinó a nuestros gastos de viaje. Recuerdo, eso sí, al médico y el consultorio, impregnado de un poderoso olor a desinfectante o anestésico. Antes de eso, el vacío absoluto. De la aparatosa caída no guardo siquiera una breve imagen, algo de lo cual pudiera asirme con el fin de aclarar tantas lagunas, tantas parcelas baldías de mi conciencia. El galeno tranquilizó a Ligia, sugiriendo que prosigamos nuestro viaje; yo no presentaba lesiones graves, salvo esa momentánea incapacidad para recordar los episodios anteriores al accidente.

El médico no prescribió que yo permaneciera unos días en la ciudad para evaluar mi estado; mi viaje podría continuar, pero le recomendó a Ligia que me abstuviera de conducir el vehículo. "La memoria de su esposo retornará poco a poco. No lo fuerce ni lo someta a tensiones". Así inferí que esa esbelta y bella mujer, vestida con un sobrio traje azul marino, era mi esposa, mi compañera de travesía hacia el hombre llamado Serling. El golpe debió de ser más fuerte de lo que yo había imaginado, puesto que Ligia tuvo que instruirme, sin ejercer demasiada presión psicológica —consejo oportuno del especialista—, sobre mi identidad, mi actividad laboral y una serie de detalles tan domésticos como gustos alimenticios, aficiones deportivas, ideas políticas o mi preferencia por alguna marca de cigarrillos. Esta amnesia temporal no ha afectado mi percepción o mis conocimientos generales sobre el mundo. Me desenvuelvo con absoluta propiedad en todos los ambientes imaginables. Pero no hay rastros de una fuerte contusión; al tocar mi cabeza, no consigo palpar un punto ¡doloroso!.

Pese a su aplomo, ella ignora quién es aquel hombre o a quién deberemos encontrar en Cayuga —ese nombre tampoco despierta en mí alguna sensación particular, salvo que me recuerda a "cajoon"—. Eso lo he comprobado subrepticamente. Mi intención es retrasar unas horas nuestro viaje, con la inútil esperanza de recordar algo más y disponer de mejores recursos cuando me encuentre en presencia del anfitrión. Sería incómodo llegar a nuestro

destino sin las condiciones físicas adecuadas. Después de todo, se trata de una oferta de trabajo, de un contrato, para el cual yo debería hallarme en pleno uso de mis facultades. No es que desconfíe de Ligia; carezco de motivos fehacientes. Parece ser, dentro del universo social que ella ha descrito como marco de nuestra convivencia, la mujer perfecta, la que cualquier hombre sensato desearía para sí. Es decir, dentro de los parámetros y las aspiraciones del círculo de amistades al que, creo yo, estamos adscritos. Sin embargo, presiento que hay riesgos. Ligia podría ser víctima de alguna trampa, de algún engaño que atente contra la integridad de ambos. Su explicación es insatisfactoria, aunque no doy muestras de que lo percibo así y, por el contrario, asiento como si estuviera complacido de oírla, convencido de que todo marcha por el rumbo correcto. "Eres un guionista respetado; te reunirás con Serling porque quiere que participes en uno de sus proyectos. Está formando su equipo para un nuevo programa de televisión".

Le manifiesto, disimulando mi creciente inquietud, que el pueblo es precioso; que sería maravilloso quedarnos un par de días para conocer los alrededores y disfrutar de las bondades de una existencia rural y plácida. Si continuara alimentando mi suspicacia, diría que Ligia ha sido adiestrada para disuadirme de cualquier actitud que hiciese peligrar la cita. Siento unas ganas terribles de fumar. Extiendo mi mano hacia el paquete de cigarrillos con el que ella juguetea una y otra vez.

*

El anciano se enfadó a causa mis preguntas. Discutimos en tono airado sobre la denominación precisa del pueblo. Le espeté indignado que a unos diez kilómetros habíamos descubierto un anuncio, el cual informaba al viajero acerca de la proximidad de Cayuga. Ligia y yo estábamos sentados a la barra de una fonda. El viejo, valiéndose de un paño húmedo, pulía unos vasos con frenética impaciencia. Ocupaba su puesto, al otro lado del largo tablero enchapado. Agitó su cráneo huesudo, protegido por un gorro pequeño, níveo, de esos que suele usar el personal a cargo de esos establecimientos. Su aspecto recordaba al de una calavera correosa. "No. Este lugar no se llama Cayuga. Ustedes se encuentran en Siracusa". Segmentaba las sílabas con la desesperación del fanático. "Si-ra-cu-sa; población: 1557 habitantes". Quise decirle, con aspereza, que no necesitábamos sus datos de guía de turismo, pero Ligia me acarició un brazo. Era absurdo trenzarse en una polémica sobre topónimos con aquel sujeto obstinado, pueblerino, reacio a confiar en gente indeseable como nosotros, los seres de las grandes metrópolis. Nos habíamos equivocado; es decir, se había equivocado Ligia, conductora del vehículo. Pagué nuestro exiguo consumo —dos refrescos—, y nos retiramos sin preferir una palabra de despedida. El viejo siguió rumiando su pésimo humor a nuestras espaldas.

Al salir de la fonda, donde los únicos clientes eran dos somnolientos paisanos, constatamos la versión del viejo: habíamos arribado a Siracusa, un lugar tan solitario como aquel de una sola vía principal que abandonamos hoy por la mañana, muy temprano. Empero, el pueblo era más grande y, evidentemente, con mejor infraestructura. En el frontispicio de una edificación situada sobre una suerte de plaza principal, campeaban, irrefutables, los vocablos "Ayuntamiento de Siracusa". Ligia y yo habíamos seguido un curso erróneo, un desvío imperceptible.

Ligia llevaba un vestido floreado de gasa, sin mangas, apropiado para el clima cálido de la región. Completaban su atuendo anteojos oscuros, un pañuelo de seda —amarrado a su bella cabeza de corte clásico—, y esa suerte de sandalias de tacón alto, con una banda de cuero recubierta de soguilla. El sonido de sus pasos sobre las baldosas de la plaza —que formaban discretos senderos entre el césped y las flores— destacaba con holgura frente a la escasa presencia de residentes. Una que otra figura lejana e impersonal cruzaba el panorama; el letargo ejercía sus invisibles poderes sobre todos los seres vivientes de los alrededores. Era

mediodía. Resultaba difícil aceptar que no estuviésemos ahora en Cayuga, dado que el cartel de la carretera nos había anunciado la cercanía de ese poblado. Si era cierto que Serling nos esperaba en un hotel de esa ciudad, ya se habría alarmado con justos motivos. Ligia, por su parte, mantenía su inconmovible hieratismo ante las circunstancias.

Me dejé llevar por ella hacia una rotonda. Nos sentamos a fumar, dispuestos a que el tiempo transcurriera y nos proporcionara un respiro, una tregua —por lo menos, para mí—. En aquel instante, pensé que lo más recomendable era revisar con atención algún mapa de carreteras. Planeé expurgar la guantera con sigilo, estimando que ahí guardábamos una de esas cartas salvadoras. Si nuestra vida devenía en verdad tan ordenada como lo dictaban las apariencias, era casi seguro que contaríamos con ese vital auxilio. Por otro lado, no quería herir a Ligia o reprocharle su error que, a fin de cuentas, me había permitido retrasar la cita y planear una estrategia.

Pero la única manera razonable de aclarar las cosas, de despejar por fin la incertidumbre de este viaje, dependía de aquel postergado encuentro con Serling. No había otro remedio que enrumbar hacia Cayuga en cuanto supiéramos, claro está, cómo llegar, qué ruta precisa seguir. Busqué un pretexto para acercarme al automóvil; Ligia permaneció en la banca, sin exteriorizar un asomo de molestia o incomodidad frente a mi repentino deseo de comprar una revista o un diario. Por fortuna, ella había estacionado el auto en una calle lateral; por lo tanto, no descubriría el verdadero propósito de mi alejamiento.

Una vez dentro del vehículo, vacié el contenido de la guantera: linterna, aspirinas, medidor de aire para los neumáticos, bolígrafo, libreta de notas, el manual de funcionamiento del auto; del mapa, ni siquiera un fragmento esperanzador. Revolví una vez más el conjunto, depositado en franco caos sobre el asiento delantero. No contábamos con esa hoja de ruta. Estábamos lejos de encarnar a la pareja perfecta, que organiza su mundo sin fisuras o improvisaciones. Procuré disponer los objetos en el mismo orden. Cerré el auto y me lancé a recorrer esas calles, en pos de un negocio en el que fuera posible adquirir los mapas. Como lo sospeché, no encontré una sola tienda abierta a esa hora, casi la primera de la tarde. Siracusa parecía un pueblo fantasma, como el anterior, donde habíamos pernoctado apenas una noche. Decidí regresar y enfrentarme, muy a mi pesar, con el individuo del restaurante. Me disgustaba ceder posiciones, pero el viejo tenía el aspecto de ser la fuente de información más confiable de la aldea.

Cuando llegué a la puerta, vi a Ligia, quien continuaba sentada en la rotonda, absorta en sus propias divagaciones. Miraba en otra dirección. Aproveché el momento para entrar, pero la puerta había sido cerrada por dentro. Aproximé mi rostro al vidrio, después de tocar y llamar infructuosamente. El viejo no apareció, y ya no se apreciaban parroquianos en el interior. Los pocos automóviles que observé en el parque, a nuestra llegada, habían desaparecido, igual que los peatones. Solo quedaba indagar con la policía, opción que no era de mi completo agrado, aunque dudo que se requiriera el concurso de guardianes de la ley en un lugar como Siracusa.

Un sujeto víctima de amnesia, que no recordaba lo acontecido en su existencia antes de aquella azarosa caída, era potencial sospechoso de los peores crímenes. Hubiera sido tragicómico ingresar a la estación y distinguir, en una de las paredes, mi retrato acusador. Aquella visión me habría obligado a replantear por completo la historia de este viaje. Yo era un siniestro asesino o un asaltante de bancos que huía con su bella cómplice, quien había inventado a Serling para justificar nuestro desplazamiento hasta que yo lograra recuperar mi memoria fugitiva. Pero el sujeto bien podía ser real, un socio, que aguardaba por nosotros en Cayuga, ansioso por recibir su parte del botín. O, dejándome avasallar por los pensamientos más desbocados, Serling era en realidad socio de Ligia. Ella me guiaba hacia él para ser aniquilado en un sórdido ajuste de cuentas. Había ido demasiado lejos en mis especulaciones. Dos criminales estarían obligados a llevar consigo un arsenal o, por lo menos, una pistola, por pequeña que ésta fuese. Nosotros, en cambio, no portábamos ni una modesta navaja. Deseché esas imaginativas especulaciones, avergonzado de mis sospechas en relación con

Ligia. Ansié creer que su versión sobre mis actividades profesionales era intachable: guionista, independiente, solicitado por muchos estudios de enorme prestigio e influencia. Serling, también escritor destacado, me requería, después de haber leído algunos de mis trabajos para la radio y el cine; según Ligia, estaba fascinado. El problema es que yo no recordaba nada de eso, por más esfuerzo que invirtiera en la tarea. Pero, después de todo, mis suposiciones acerca de lo que ocurría solo eran explicables si detrás de ellas se escondía una personalidad dedicada a la creación.

Algo más animado, resuelto a que mi memoria se manifestase cuando fuera pertinente, busqué la estación, o, mejor dicho, el sencillo despacho para dos o tres oficiales o, como dicen en estos lares, alguaciles. Por fortuna, no tuve que caminar demasiado; a unos metros del restaurante, divisé otra puerta de vidrio, esta vez empavonado, con la inscripción "Policía de Siracusa". Ingresé, dispuesto de una vez por todas a obtener los datos que nos permitieran salir de ese agujero.

A pesar de mis insistentes llamadas, no se asomó ningún uniformado, o alguien que representara a la autoridad. Todo parecía normal en el interior del despacho: los escritorios, los teléfonos, el aparato de radio, la cafetera de rigor. Todo, excepto que sus ocupantes se habían ausentado. Llamó mi atención que abandonaran una dependencia pública, mantenida con el dinero de los contribuyentes. Intrigado, pensé alejarme cuanto antes, pero me detuvo lo que había propiciado esa fugaz visita. Sobre uno de los muros, un gran mapa de carreteras colmaba mis expectativas. Cayuga no estaba lejos; solo debíamos orientarnos al sur, hasta una bifurcación y de ahí, en línea recta, unos 25 kilómetros. Siracusa pronto sería un mal recuerdo, algo así como una indigestión después de una agitada noche de juerga.

*

¿Cuándo traspasamos, sin aviso previo, la frontera? Porque estoy seguro de que debió existir una frontera, una línea divisoria entre la cordura y el desvarío, una marca invisible para la cual no fui preparado, y tuve que superar en la más desoladora ignorancia. Ligia era pieza sustancial de este viaje; sin su concurso, éste jamás habría hallado su culminación. Me convencí en cuanto la fantasmal carretera nos condujo otra vez a Siracusa. Yo juraba que habíamos tomado el rumbo correcto y que nos alejábamos para siempre de ese olvidado pueblo con pretensiones de ciudad para encontrarnos con Serling, tal como había sido planeado.

En contraste con mi desesperación y molestia ante aquel nuevo error, esta vez de mi entera responsabilidad —pues ella había seguido mis instrucciones sin cuestionamientos u opiniones personales—, Ligia demostraba poseer una verdadera coraza protectora. Ella no estaba sorprendida, de ningún modo, por aquel exasperante retorno, media hora o cuarenta minutos después de haber partido.

Una vez más vimos el letrero que nos ponía al tanto de la vecindad de Cayuga; una vez más Ligia estacionó el convertible en el perímetro de la plaza central, a unos metros de la alcaldía, del sencillo restaurante y la estación de policía de una población denominada Siracusa. En esta ocasión, todo bullía de agitación, con gente en las calles, automóviles algo anticuados repletos de muchachos y muchachas exultantes, banderas, música y ese ambiente particular que envuelve a las pequeñas comunidades en sus días de fiesta.

Tomé de la mano a Ligia y nos aproximamos al negocio conducido por aquel viejo arisco, muy poco cordial con los visitantes. Estaba dispuesto a sacrificar mi orgullo y autosuficiencia de ciudadano si eso nos proporcionaba un indicio, una escueta noticia de Cayuga y del camino hacia Serling. Ligia se había despojado del pañuelo y de los anteojos para el sol; su larga cabellera ondeaba, agitada por la premura que yo le confería a sus propios movimientos al llevarla del brazo. Toqué la puerta de vidrio con cierta violencia; también llamé a gritos al viejo. Me asombró que en tan poco tiempo el pueblo hubiera pasado de la inmovilidad a esa agitación festiva. Pero no me detuve a pensar demasiado, puesto que mi interés era excluyente.

Necesitaba hablar con el viejo y nada ni nadie me lo impedirían.

Antes de que volviera a arremeter contra la puerta y reiniciara mi secuencia de gritos, un muchacho corpulento, vestido con casaca de cuero negro y blue jean, salió del restaurante. Parecía ebrio, aunque de manera respetuosa se hizo a un lado, cediéndonos el paso. Nuestro aspecto de personas respetables y sofisticadas fungía de salvoconducto, aun frente a esos galifardos rurales. Murmurando una disculpa, el mozo se marchó, presuroso, hacia uno de los automóviles de la plaza. Ahí lo esperaba una pandilla de chicos de su edad, quienes lo recibieron con gritos de aprobación. Una breve lectura de aquella escena me hizo deducir que acababa de completarse una suerte de ritual iniciático. Nos saludaron alegremente con toques de bocina y agitaron las manos en simpático gesto de bienvenida.

Cuando ingresamos al local —que estaba repleto, a diferencia de nuestra anterior visita — descubrí que otra persona ocupaba el lugar del insolente anciano. Era mucho más joven y atendía a sus clientes con jovialidad y sentido del humor. Nadie se fijó en nosotros, pese a nuestra traza de forasteros. Todos los parroquianos brindaban alborozados. Solo al aproximarnos, el hombre de la barra desplazó su mirada hacia nosotros. Nos recibió con extrema cordialidad. Le pregunté por el anciano que nos había atendido hacía aproximadamente una hora. El hombre, al principio desconcertado, oyó nuestra historia —mejor dicho, la mía, pues Ligia no abría la boca—. Se rascó la cabeza, pensativo. "Hay una confusión, señor. No creo haber visto jamás al hombre que usted me ha descrito. Este negocio es propiedad de mi familia desde hace tres generaciones. Yo lo administro hace ya un buen tiempo. En cuanto a la ciudad, es Siracusa, de eso no hay duda. Pero nuestra población supera los diez mil habitantes, sin incluir a los granjeros de las afueras. Y sobre Cayuga, creo que andan un tanto alejados de su destino. Esa ciudad se encuentra a 200 kilómetros de aquí, y no a 25, como usted sugiere".

Defendí con ardor mi versión, mencionando incluso la estación de policía sin ningún agente en su interior y el mapa de caminos que me proporcionara aquel dato. También enfático el hecho de que hacía menos de una hora todo se encontraba en perfecta calma, y que no entendía dónde estaba ese gentío cuando llegamos por primera vez. El hombre perdió por breves momentos su aire de amabilidad ejemplar con los visitantes. Anticipándome a sus conclusiones, le dije que no estábamos ni ebrios ni locos. Nuestro anfitrión levantó las manos, con las palmas extendidas. "Nunca pasó aquello por mi cabeza, señor. Pero hay un error. El comisario jamás permitiría que su despacho quede abandonado. Es un hombre responsable, apreciado por la comunidad. Siempre hay dos o tres alguaciles de turno, de acuerdo con sus indicaciones. Y sobre lo que vio en el mapa, pudo haberlo leído mal, con el apuro o los nervios. Es más, yo tengo uno semejante en mi oficina. Si me espera, lo traeré con mucho gusto. Usted y la dama verificarán que le estoy diciendo la verdad". Ambos alzábamos la voz debido al infernal griterío; apenas podíamos oír nuestras propias palabras en medio de ese alboroto.

Antes de que yo replicara, el hombre se escabulló por una diminuta puerta. Regresó casi en el acto con un mapa de bolsillo, que desplegó sobre la superficie de fórmica. "Observe. Esto es Siracusa. Efectivamente, existe la bifurcación, pero fíjese bien... Cayuga está muy lejos, casi en el límite estatal, a 215 kilómetros de distancia". Enmudecí. Frente a tales evidencias, ya no me quedaban argumentos plausibles. Ni siquiera pretendí intercambiar opiniones con Ligia quien, con aire ausente, se había sentado a la barra, como si esperara que sirvieran su orden.

Nuestro anfitrión debió de presumir mi terrible abatimiento, que contrastaba con la algarabía y las risas de los contertulios. "Señor, no quiero entrometerme en sus asuntos. Me tomé la libertad de llamar por teléfono al comisario. No se inquiete. Yo sé que se encuentra algo confundido, es todo. El comisario es hombre de mucha experiencia. Si hay alguien capaz de ayudarlo en Siracusa, es él y solo él. Créame. Llegará en un momento. De cualquier modo, sean bienvenidos usted y su esposa. Estamos celebrando la fundación de la ciudad: hoy cumple ciento cincuenta años. Es un gran acontecimiento. Si deciden quedarse unos días, disfrutarán mucho. Se los digo yo. Hasta el gobernador vendrá para la ceremonia oficial en el

Ayuntamiento hoy, a las siete en punto". De pronto, sentí que una mano se posaba con suavidad sobre mi hombro. Un hombre uniformado, de edad madura y canoso, me indicó con gesto afable que saliéramos del local. Sus modales eran discretos, pero denotaban claramente su condición de autoridad. Al notar alguna resistencia de mi parte, volvió a gesticular, amistoso, esta vez señalando a los parroquianos y tapándose los oídos. Con esto, quería demostrarme que era más cómodo charlar afuera que en el interior del restaurante y que no pretendía detenerme o acusarme por alguna infracción. Me despedí del hombre, quien me refrendó su promesa de que nos divertiríamos como nunca si nos quedábamos en Siracusa.

Una vez afuera, el comisario nos invitó a tomar asiento en la rotonda, la misma que Ligia y yo habíamos visitado al mediodía. No nos consideraba peligrosos. Le conté toda la historia, sin obviar detalles —excepto el problema de mi amnesia pasajera, pues consideré que aquello complicaría nuestra situación—. El oficial me atendió con deferencia; de vez en cuando, respondía a los saludos de la gente que pasaba cerca de nosotros, sobre todo parejas en traje dominguero.

"Hay un error. Usted vio el mapa con mucha prisa. Me imagino que la cita con ese caballero llamado Serling es importante, y eso lo distrajo... me refiero a su preocupación por salir de Siracusa. Solo hay un oficial de turno en mi oficina durante este día. El resto tiene hartos trabajos con la fiesta. Supongo que el alguacil habrá acudido un instante a los servicios higiénicos. Usted permaneció ahí tan solo unos minutos, según me cuenta. Los jovencitos de aquí son muy amigables, aunque se inquietan cuando beben un par de cervezas; suelen gastar bromas pesadas a los incautos. Y debo confesar que algunas son muy ingeniosas, incluso divertidas. Es posible que un chico con máscara de anciano se riera a costa de ustedes, aprovechando la tranquilidad de la mañana. Los parroquianos que dice usted haber visto sentados eran otros muchachos, cómplices del primero. Osear abrió su negocio más o menos a las 12:45, después del servicio religioso. Como ya lo habrá descubierto, la mayoría de la gente que vive en esta zona se encontraba en la iglesia cuando ustedes llegaron".

Sonaba convincente, pero no me satisfizo. Ese viejo no era un chico disfrazado. Podría haber dado fe de ello así me torturaran. ¿Y el cartel de la carretera que anunciaba la vecindad de Cayuga? El comisario oía con infinita paciencia mi andanada de interrogantes. "Es razonable aceptar que por fatiga o presión psicológica, ustedes vieron lo que ansiaban ver. Yo fui piloto durante la última guerra y sé de lo que hablo. Algo parecido ocurrió cuando usted consultó el mapa del despacho. Y aunque parezca un chiste, a ustedes les ocurrió dos veces. Es fácil perderse y dar vueltas en un territorio desconocido, al cual no estamos acostumbrados". Guardé silencio. Había arrojado todas mis cartas y el comisario las destruyó, una por una, con su lógica inexorable.

El mutismo de Ligia terminó. "Querido, hay que apresurarse. Serling espera". Después de pronunciar estas palabras, volvió a asumir esa extraña actitud de autómatas, programada para recordarme que el tiempo se agotaba. Me sentí involucrado en una comedia de equivocaciones donde yo desempeñaba el papel del eterno burlado. Era cierto. Serling nos aguardaba, pero ya era innegable suponer que no llegaríamos a tiempo a tal cita. El comisario se concentró en Ligia. No la escrutaba en el sentido de la admiración hacia una mujer bella (y Ligia lo era con creces), sino en una dimensión profesional, como si tratara de recordar dónde la había visto con anterioridad.

El comisario consultó su reloj; luego, ofreció escoltarnos hasta la bifurcación. A una velocidad moderada, llegaríamos a Cayuga antes de las cinco. Suspendí el intercambio de ideas con aquel funcionario policial, quien estaba más preocupado por la seguridad en aquel día de celebraciones que por dos turistas despistados. Ni siquiera me quedaban ganas de comentarle que el Ayuntamiento, en nuestra segunda visita, no ostentaba la inscripción tallada sobre el frontispicio que yo había observado al mediodía. Eso marcaría la crucial diferencia.

*

El automóvil del comisario se perdió a la distancia, fusionándose con la línea del horizonte. Habíamos renovado las provisiones en el restaurante del hombre llamado Óscar, quien nos deseó el mejor de los viajes y un pronto retorno a Siracusa para disfrutar de todas sus bondades. Ligia portaba sus anteojos para el sol y el pañuelo de seda, lista para reemprender el periplo hacia Serling, o lo que fuese.

Frente a la línea interminable de aquella carretera, comencé a deshilar la madeja de mis confusiones; sin embargo, necesitaba de un estímulo definitivo, algo así como una bofetada. Ya no era factible sostener, con firmeza u obstinación, que alguien nos aguardaba en Cayuga. Un intento de llamada a esa ciudad, desde el despacho del comisario, había resultado infructuoso. Decidí dormir el resto del viaje. Las claves estaban delante de nosotros, á 215 kilómetros, casi en el límite estatal. Habría que soportar Unas tres horas. Tomé la mano de Ligia, la cual besé con extrema delicadeza. Sonrió. Sus dientes perlados brillaron bajo ese sol de las primeras horas de la tarde. Ella interpretó mi gesto como una señal del navegante emprendedor, quien le ordena a su piloto que ices las velas y conduzca el navio a buen puerto.

En medio de mi somnolencia vespertina, reclinado en mi asiento e igualmente protegido por unos anteojos ahumados, creí avizorar, a la derecha, los contornos de un anuncio publicitario; en él figuraban un hombre y una mujer. Viajaban en un vehículo de modelo similar al nuestro, conducido por una mujer parecida a Ligia. Las facciones del hombre resultaban imprecisas, indeterminadas. El anuncio solo pretendía destacar la fisonomía de ella, en colores muy cálidos. Era, sin duda, un magnífico retrato de mi grácil esposa; en él también aparecían los aditamentos esenciales, como el pañuelo y los anteojos. Y la sonrisa, el acto premonitorio efectuado en el preciso instante en que pasamos junto a ella.

Hemos arribado, sin mayores contratiempos o sorpresas, a una ciudad denominada, desde tiempos inmemoriales, Siracusa. En ésta, casi la mayoría de calles de importancia se distribuyen como en sus pares (incluyendo la plaza); no obstante, se manifiestan algunos signos exteriores que ameritan un breve comentario. Si entre la primera y segunda Siracusa apenas subsistían algunas leves marca diferenciadoras —las letras en el frontispicio o el hombre que atendía el restaurante, por ejemplo—, esta tercera ciudad, a cuyos suburbios nos aproximamos a las cinco de la tarde, se distancia de sus predecesoras en lo concerniente a la ubicación de sus edificios oficiales. El Ayuntamiento se yergue al lado contrario de la plaza y la estación de policía ocupa lo que en las anteriores ciudades es el restaurante que, dicho sea de paso, aquí no asienta sus basamentos sobre uno de los costados de la plaza, sino en una tranquila y poco transitada calle paralela. Además, lo administra una mujer ajada, de unos sesenta años, que fuma unos puros de olor acre, muy penetrante.

Otro detalle singular de esta Siracusa es la inexistencia, desde la perspectiva de sus 3350 habitantes, de alguna localidad cercana cuyo nombre sea Cayuga, o algo semejante. Incluso el sacerdote del pueblo ha dado su opinión. "Nunca ha oído, en mis setenta años de vida, la mención de ese lugar". Somos observados con desconfianza por los residentes. Los mapas de carreteras no dan cuenta de esa población, ni en aquel Estado ni en los colindantes. No hay celebraciones por la fundación de la ciudad, pues ésta se conmemora en otra época del año. El comisario de esta Siracusa es un hombre obeso y toco; en nada recuerda al servicial sujeto que nos despidió hace tres horas en la bifurcación. Su interrogatorio es rutinario, frío. Ha efectuado algunas llamadas y consultado sus archivos; lo secunda un asistente delgadísimo que, dudo, sea capaz de vencer a un delincuente en una lucha cuerpo a cuerpo. Me recuerda con vaguedad al viejo cascarrabias del primer Siracusa, pero estoy enfrascado en lo que dice el policía y lo pierdo de vista. No hay cargos en nuestra contra y nada nos impide hospedarnos en el hotel de la ciudad, pero desea que nos reportemos antes de marcharnos. No le he proporcionado más detalles. Pasar la noche aquí no altera nuestro errático itinerario.

*

Ligia y yo nos aproximamos al hotel, gracias a la orientación brindada por el alguacil flaco; el crepúsculo nos ha instalado en esa zona en que ya no aludimos al día, pero tampoco a la noche. Nos sentimos vigilados por cientos de ojos invisibles, aunque eso ha dejado de incomodarme hace ya un buen rato. El convertible pasará la noche en la puerta de la estación de policía, con previa autorización del comisario.

El alojamiento dista unas tres calles de la plaza. No recuerdo si en las otras Siracusa había hoteles o establecimientos similares. Como no hubo interés de nuestra parte, el dato quedó en suspenso. Nos detenemos ante el edificio de cuatro pisos, de estilo decimonónico, reminiscencia de la época victoriana. Un letrero luminoso nos anuncia, sin mayores formalidades, que el viaje ha terminado o, al menos, se acerca a sus fases finales. "Hotel Serling". Por última vez he mirado a Ligia, quien se ha soltado el cabello, como para asegurarse de que yo siempre la imaginaré como a una auténtica guía desde que perdí la memoria en aquel accidente y desemboqué en esta intersección. Sé que ella no ingresará al hotel, porque su misión ha concluido. El tiempo que duró nuestra ficticia unión estuvo plagado de múltiples contradicciones; ahora, cada una de ellas asume un sentido particular y entrañable. Las últimas paradas de este viaje se efectuarán en absoluta soledad. No sé a quién encontraré en el interior. Ligia me ha liberado. Mi agradecimiento hacia ella es infinito. Quiero dirigirle sencillas palabras; descubro, impávido, que ya no está a mi lado. Mi postrera visión de ella ha sido tan efímera como intensa.

Después de ingresar al hotel, no me sorprende verificar que está vacío, como la estación de policía de la primera Siracusa. Hay un mostrador pulcro; del otro lado, casilleros para depositar llaves o mensajes. Pulso, por automatismo y espíritu lúdico, la campanilla de rigor. No aparece nadie para recibirme y llevar mis pertenencias. Mi maletín de viaje queda abandonado a su suerte sobre uno de los sofás del lobby. Ya no lo necesitaré.

Al lado izquierdo del mostrador, un tramo de escaleras conduce a las habitaciones de los pisos superiores. Alguien me espera arriba; iré a su encuentro. Completando el camino, llego a un pasillo. Al final de éste, hay una puerta entreabierta; a través de la rendija, se filtra un haz que constituye mi única fuente de orientación. Afuera, la noche ha caído. Me acerco, paso a paso, a la puerta. La empujo con delicadeza. En la habitación hay un hombre acostado sobre una cama alta, de aquéllas que se utilizan en hospitales y sanatorios. De hecho, el cuarto donde aquel hombre descansa se acerca más a ese estilo que a la comodidad doméstica de un hotel común y sil ¿estre.

Sobre el pecho del hombre descansan unos folios. Evito mirar su rostro, aunque ello resultará inevitable dentro de poco. Cada uno de los pliegos ostenta un logotipo en la esquina superior izquierda. La palabra me resulta en extremo familiar. De acuerdo con los indicios, el hombre leía esas páginas hasta hace unos segundos, pero ha sido interrumpido por una especie de ataque. No puede llamar a las enfermeras. Ha perdido el dominio de sus extremidades. Es incapaz de accionar la campanilla. Sin ningún pudor o respeto, examino el contenido de las hojas mecanografiadas. Me he atrevido a mirar el rostro del hombre... Sobre el velador, una revista abierta hacia la mitad exhibe un colorido afiche, igual al que yo observé en la carretera. Es Ligia, al volante del conveniente.

Leo la historia del viaje, es decir, la historia de un guionista de televisión y cine que pierde la memoria en un accidente, antes de entrevistarse con un importante productor y escritor quien pretende incorporarlo a su equipo para un nuevo programa. Por circunstancias insólitas, él queda atrapado en un punto del espacio donde se intersectan varias ciudades llamadas Siracusa. Estos poblados se conectan a través de similitudes pero, al mismo tiempo, se distancian a causa de ciertas diferencias, mínimas, pero, al fin y al cabo, sustanciales.

Su guía ha sido una mujer misteriosa llamada Ligia, una deus ex machina cuya participación nunca estuvo del todo aclarada o definida, según notas escritas por mí en el margen de varias de estas páginas. Ha llevado a ese innominado personaje hasta mi presencia, hacia Rodman

Edward Serling, nativo de Siracusa, Estado de Nueva York. Hoy agonizo, mientras cincuenta folios con el membrete Cayuga Producciones —la compañía que yo fundara hace unos quince años— se deslizan uno por uno, desde mi pecho convulsionado hasta el aséptico piso de este cuarto de hospital. Me encuentro en un ambiente despersonalizado; moriré dentro de algunos minutos, cuando reviso con nostalgia un antiguo guión que siempre me resistí a filmar porque había demasiado de mí en su trama. Ahora, todo eso se diluye en un territorio árido donde los plazos son impostergables»

FIN